

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por FEDERICO VILLOCH

marzo 10/46

Dos veces, lo menos, por semana, los viernes y los domingos, durante años y años, se obstruía de tranvías, autos y ómnibus, después de las ocho de la noche, la esquina que forman las calles de Consulado y Virtudes, donde se levantaba el teatro «Alhambra», que Enrique Uthof llamaba el teatro del regocijo, marcando la jota con el duro acento de su conversación jocunda y expresiva. Esta esquina de Consulado y Virtudes puede llamársele la «esquina de la alegría»; y nadie que, por lo menos, una vez en su existencia, la haya conocido, le negará ese calificativo animoso; esquina que atraía al vecino habanero como una bella cortesana atrae al transeúnte con sus sonrisas y sus picarescos guiños prometedores de alegres horas... Noches de inusitada concurrencia recordarán nuestros descoloridos lectores, entre otras, las del estreno de «Napoleón», en el mes de agosto del año 1907, a raíz de la revolución que dió motivo para su entretenido e intencionado argumento; la de «La Casita Criolla», el año 1912, en los comienzos del período electoral en que resultó electo presidente de la República, el general Mario G. Menocal; la de «Aliados y Alemanes», al estallar la guerra mundial del año 14; la de «La Danza de los Millones» del año 1918 de las vacas gordas, etc., etc.

Detalle curioso de una temporada del teatro «Alhambra»: cuando se estrenó el sainete «La Brujería», si la obra se ponía en segunda tanda que comenzaba poco después de las nueve, fijo y sin faltar una sola vez, al ser las nueve y media, se estaba cantando el popular y precioso dúo que Rafael Palau, había escrito en dicha obra para Pilar Jiménez y Arturo Ramírez; resucitado el cañonazo de las nueve, ahora, los descoloridos asistentes de aquel teatro recordarán sin duda el originalísimo detalle...

En aquella época el dinero andaba bobo en la esquina de Consulado y Virtudes: Ganaban dinero a montones los artistas, los autores, los revendedores, la empresa. Un día pasó frente al teatro un tranvía con el número 126, dando la casualidad que en la vidriera del ya desaparecido restaurante «La Estrella» estuviese expuesto a la venta un billete de la Lotería Nacional con ese número 126. Pancho Hermida, cronista teatral de «La Discusión», que acudía a «Alhambra» todas las noches de estreno, se fijó en la coincidencia; y compró dos hojas

«ESQUINAS DE LA HABANA»

III

CONSULADO Y VIRTUDES
LA ESQUINA DE LA ALEGRÍA

del billete y al día siguiente era poseedor de 20,00 pesos, buena parte de los que se gastó en regalos, galanteando a una aplaudida tiple cómica del teatro «Albisu» de aquellos tiempos, Hermida fué atacado más tarde de una profunda anemia perniciosa que le causó la muerte. ¡Cuán cierto es, como dice el vulgo, que el dinero de la Lotería suele acarrear desgracias! En una de las visitas que en sus últimos días le hicimos, acompañados de su primo, también periodista, nuestro inolvidable amigo, Rafael Bárzaga, nos confesaba que aquella esquina de Consulado y Virtudes le había proporcionado un gran contento. A Hermida le llamaban sus compañeros «Pancho Venecia», por su gran amor a esta linda ciudad italiana. Unos decían que era cubano, de Trinidad, pero otros aseguraban que era gallego, de Lugo: una cosa o la otra, era un hombre ingenuo, crédulo, sencillo, lo que se llama «un niño grande». Tenía la manía de haber conocido a todos los grandes artistas que nos visitaban en Venecia, y cuando los citaba en sus crónicas, siempre empezaba ésta diciendo «cuando yo conocí a Fulana o Fulano en Venecia, etc.» Procedía del periodismo madrileño, en el que trabajó largo tiempo al lado del gran Alvareda. Aquí en La Habana, recién llegado de la Península, fundó el periódico «La Correspondencia de Cuba», a estilo de La Correspondencia de España, de Santana en la que había escrito mucho tiempo.

Sí que era aquella de Consulado y Virtudes la esquina de la alegría.. A través de las ventanas y altos persianajes del edificio, salían los ecos de las regocijantes carcajadas del público; y los acordes de la orquesta y las voces de los artistas cantando alegres rumbas, canciones y boleros y las de Regino, Otero, Acebal, Pancho Bas, Pepe del Campo, etc., etc., pronunciando chistes y frases pintorescas del día: los transeúntes se detenían un momento en la calle de Virtudes; se reían y continuaban después su camino, llevándose en el alma una nota de regocijo y de dicha. Más de un transeúnte, viejo expectador descolorido de la desaparecida «Alhambra», al pasar hoy por aquel sitio, repetirán con emoción los inmortales versos de Espronceda:

«¿Por qué volvéis a la memoria mía?»...

Muchas esquinas de La Habana despiertan en el caminante gratos recuerdos. En sucesivas postales iremos reseñando aquellas que más se han destacado en esta nuestra vida capitalina de tantos años.

marzo 10/46

ARCHIVO
DOCUMENTAL

CENTRO DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA